

to, como había marchado todo en Buenos Aires, de qué parte de N. York era, si conocía el candombe (que no lo conocía).

¿Qué clase de bongosero es, que no conoce el candombe diría algún tiznado de Palermo.

Por ahí nos separamos y minutos después estábamos almorzando en la misma mesa con Blades. "¿Ese es Blades?", preguntó Quartino. No, ese no, el de la punta, junto a la ventana, fue la respuesta. Y santo remedio. Alvaro se quedó tranquilo. Con respecto a Brugnini -el otro empresario-, bueno, para que se hagan una idea, Quartino preguntando? ¿Quién es Blades? a cada rato, era un descanso para nuestros oídos, en comparación con las inquietudes varias de su socio.

¿Y Blades? Bien gracias. Como para no estar bien. Primero arrasó con los paquetitos de manteca que encontró en la mesa y otras aledañas. Los tallarines verdes con mucha salsa sirvieron solo para darle un poquito de gusto a la ternera con fritas. Y la ecléctica ensalda, de la que solo usufructuó algunos tomates, vinieron a parar como complemento de nuestro almuerzo, que supimos compartir con Carbone, no me quedó otra posibilidad.

Apenas mandó algo a su estómago, y le empezaron a resultar familiares algunas "caripelas" que iba a tener que bancar durante unas cuantas horas se le disipó el leve mal humor conque nos lo mandaron de la otra orilla. A partir de entonces se nos manifestó como el tipo genial que suponíamos que era, por lo que habíamos leído, y para la cual su enorme popularidad más que un contrapeso que lo ligue al divismo -por demás típicos en los ambientes salseros- es por el contrario un incentivo más para mostrarse en realidad como es. Tal cual cautivaría por igual a quienes fueron a verlo porque gustan del Canto Popular -y vaya si hay matices que diferencian una cosa de otra- empezaba a suceder ya con sus compañeros de mesa en el Mercado del Puerto.

MEJOR ARDILES QUE LA FANIA

El momento fue propicio para un sin fin de bromas, para conocer los negocios de la Fania: "Gracias a Dios que ya no tengo nada que ver con esos explotadores, posiblemente pase a la WEA", demostró ser un verdadero observador del fútbol, a la par de nuestros más fanáticos hinchas, quién iba a decirlo, allá en Nueva York:



"BORGES TIENE
CIERTA
VULGARIDAD
ELEGANTE"

"Ardiles fue el verdadero motor de la Argentina en el mundial. Maradona era la vedette, pero Ardiles, la hormiguita que aguantaba todo".

Arriba de la mesa, como por arte de magia, aparecieron los dos primeros ejemplares de "Canto Popular Revista", que el panameño miraba de reojo mientras lo ojeaba uno de los productores porteños de largos y desprolijos cabellos, que como todo argentino ligado al ROCK Nacional elige un nombre gringo, a éste le decían Peter.

Después de que todos hicimos nono, se probó sonido, vimos como Uruguay la quedó con Chile, nos reencontramos antes de que comenzara el espectáculo. Recibió a Casino, se los presentó a sus músicos, siempre hace más de dos cosas a la vez, mientras hablaba con alguien, firmaba un autógrafo: "No creas que porque lo hago rápido, no lo siento", cortó de golpe a alguien que le dijo que era amigo de Celia Cruz, y ya en compañía de Víctor y Elbio, después de haber leído buena parte de nuestra revista antes de la siesta nos dijo: "yo me jacto de ser un buen escritor, creo que soy más bueno escribiendo que cantando, pero qué bien que escriben ustedes, realmente". Tan solo escribir bien nos valió el agradecimiento que hizo público antes de cerrar su actuación.

HOY, HORA 3 REPORTAJE

Lo único lamentable fue un triste mal entendido, según nosotros después de la cena, exactamente a las tres de la madrugada teníamos pautada una entrevista exclusiva para nuestra revista. Pero alguien le cantó errado al panameño y nos estuvo esperando dos horas en el hotel, cuando llegamos nosotros, él cansado de esperar se iba a comer. De todos modos y mientras él hacía lo que nosotros habíamos hecho en casa mientras aguardábamos, empezó la charla que transcribimos enterita y que termina pasadas ya las cinco de un lunes.

En fin, todo sea por el periodismo, pero por sobre todas las cosas porque nosotros teníamos tanto interés de dialogar con Blades, como él con nosotros.

Y eso nos está pasando a todos los latinoamericanos, en todos los planos. Mejor no puede ser.

Además ya sabemos -y a la perfección- quién es Blades. ¿Vos también Alvaro?

NELSON CAULA

HISTORIA DE UNA CRÓNICA ANUNCIADA

Antes del recital, mientras vagabundéamos por las instalaciones del Palacio Peñarol, un señor muy nervioso y muy estilo "manager", nos dió una pista falsa sobre Blades. Después de identificarnos, pero sin la menor idea de nuestras intenciones, dijo: "no pueden pasar al escenario, Blades no quiere a nadie adentro". Hay que aclarar, que no habíamos hecho ningún intento de pasar, y que tampoco teníamos la intención de ir a jorobar al músico antes de la actuación. Pero no importa.

Después, que el señor se fue con sus

nervios a otra parte, apareció Nelson Caula y nos llamó. Allí fuimos, pasamos al lugar prohibido, y en los vestuarios estaba la estrella a la que debían proteger... tomando té caliente, tranquilo (como si media hora más tarde no tuviera que cantar ante algunos miles de oídos), y muerto de ganas de charlar. NO hubo que preguntarle nada, Ruben se encargó solito de mostrar todas sus cartas, desafiando las reglas, dándonos vuelta, y sorprendiéndonos de entrada con su lucidez y su llaneza.

Vuelta a vuelta esta charla informal era

interrumpida por un peli-largo señor del otro lado del río (¿no saben que ya no hay más hippies, que no se usan?), que con cara más de manager que el otro señor, y siempre apurado, decía: "Ruben, en tantos minutos a escena". Igualito que a las "artistas" en las películas americanas. El Ruben, seguía en el molde. Cuando le dijeron, salimos, salió, charlando tranquilamente. En la entrada que da al escenario, nos despidió con un crifeño "ahí nos vemos". Ojalá hubiera sido tan fácil.

Empleando el recurso del flash-back, que queda tan bien, digamos que ese mismo mediodía, Caula había arreglado con Blades que lo entrevistaríamos después del espectáculo. Pero para ello hubo que vencer tres inconvenientes.

El primero fue la comprensible ansiedad de colegas de otros medios de difusión por reportarlo. Como era materialmente imposible que pudiera dar entrevistas exclusivas a todos, se armó una conferencia de prensa improvisada, muy pintoresca. Blades se sentó en un banco largo contra la pared, y alrededor de él se formó una montaña de gente, grabador en mano. A Ruben no se lo veía, pero se escuchaba como iba anotando las mismas cosas que nos había dicho antes, y que luego desarrollaría en su única entrevista exclusiva.

El segundo inconveniente, si no lo advinaron, fue el nervioso y peli-largo señor con cara de malo. Había otro señor peli-largo, más importante que el primero, que demostró ser un caballero, entendiéndolo perfectamente dos cosas: A) la función de la prensa, B) que el artista no es un objeto que los "representantes" puedan manipular a su antojo. Bien por este peludo, y por el primer señor nervioso, que después se calmó, resultó macanudo. Pero el señor peli-largo con cara de malo, a quien para individualizar llamaremos Pedro, insistía.

Pedro, entonces, primero dijo que si no



hacíamos ahí la entrevista (lo cual era imposible), ya no se podría hacer. Se le explicó bienamente que ya estaba arreglada y que no se molestara, pero insistía. Se le sugirió delicadamente que se ocupara de sus asuntos, pero no entendió. Vino su superior máximo (el peli-largo simpático), y hasta amagó una insubordinación. Entonces fue que se le dijo que la entrevista la arreglábamos nosotros. Se indignó, quiso meter pechera, pero las miradas que se le cruzaron lo calmaron un tanto (también, había dos especialmente, que lo medían como para calzarlo, aunque por un problema de política editorial, no conviene revelar los nombres). Buá, después que "resolvimos" lo del señor intransigente, arreglámos con Blades que lo íbamos a buscar un rato después al hotel. Y ahí vino lo peor.

En el hotel nos dijeron que el músico había salido cinco minutos antes a cenar. Que volviéramos a las 3 (de la mañana, claro). La redacción en pleno, más alguna invitada, se fue a comer pizza. Volvimos a las tres, ¿y con qué nos encontramos? Con que el conserje nos dió mal un dato. Ruben nos había estado esperando en su habitación desde la una y media. El panameño bajó con cara de querer matarnos, y se lo aceptamos, enternecidos por su paciencia. Después de algunos cabldeos y aclaraciones, arrancamos para el Green Park. Allí nos sentamos, Ruben se pidió un churrasco a caballo, una ensalada y un jugo de naranja. Andaba por allí el tal Pedro, que hizo su último intento. Mirando seriamente su reloj dijo: "son las tres y cuarto, tres y media terminan". Nos hizo tanta gracia que no podíamos parar de reírnos, Blades incluido. Después de eso, y sin entender el chiste, Pedro se buscó otra mesa y aguantó como un campeón hasta las cinco de la mañana. ¡Bien por él!

Lo demás fue coser y cantar, como decía la abuela.

Elbio Rodríguez Barilari

REPORTAJE

Alfonso Carbone

Nelson Caula

Gustavo Guadalupe

Alicia Migdal

Elbio Rodríguez Barilari

Ruben Yizmeyián

COMPAGINACION

Gustavo Guadalupe

Elbio Rodríguez Barilari

COLUMNISTAS

Nelson Caula

Elbio Rodríguez Barilari

FOTOGRAFIA

Lilián Castro

Aldo Novick

DISEÑO GRAFICO

Víctor Cunha

